

4553
9.03.87

DOS ESTILOS

La actitud del Presidente Reagan, que reconoce públicamente un grave error de su Gobierno, asume su responsabilidad y se compromete ante su pueblo a tomar las medidas necesarias para que no vuelva a ocurrir algo semejante -proceder que destacamos en un comentario anterior- contrasta con la conducta del Gobierno chileno frente a las revelaciones del Mayor Fernandez Larios con respecto al asesinato del ex Ministro Orlando Letelier.

El Mayor Fernandez, en comunicación dirigida al Vice-Comandante en Jefe del Ejército, afirma que en reiteradas ocasiones la autoridad militar le prohibió decir la verdad a la Justicia respecto de la misión que cumplió en Estados Unidos en 1976 por orden de sus superiores, la que -sin saber él su verdadero objetivo- sirvió para preparar el asesinato de Letelier. Ante tan graves acusaciones, el Gobierno chileno se limita a procurar descalificar al denunciante y a decir que se trata de un asunto judicial en el que no le corresponde intervenir.

Estamos en presencia de dos estilos diferentes que corresponden a concepciones antagónicas sobre la trascendencia moral de la función política y sobre las relaciones del gobernante con su pueblo.

La vida pública norteamericana se rige, fundamentalmente, por valores morales. El respeto escrupuloso a la verdad y la buena fe, son atributos inherentes a toda autoridad. Cualquier error o torpeza es perdonable, pero mentir es un delito que no admite excusas. El gobernante que pierde la credibilidad no tiene más remedio que irse; es lo que le ocurrió al Presidente Nixon.

Frente a ese criterio, que subordina la política a la ética, está la vieja concepción maquiavélica según la cual los valores morales no son aplicables en el campo de la política, porque lo que en ésta cuenta es tan solo el éxito. Desarrollando esta concepción, Maquiavelo aconseja a su príncipe "aprender a no ser bueno" y usar cualquier clase de medios, por pérfidos que sean, siempre que resulten eficaces para el logro de sus fines.

Por otra parte, el gesto del gobernante norteamericano corresponde a la esencia del régimen democrático y republicano: él se sabe mandatario de su pueblo y funda su autoridad en la confianza que merece a sus conciudadanos.

La actitud del Gobierno chileno, en cambio, es la propia del autócrata que se siente dueño del poder y a quien no importa el parecer de su pueblo. Ante las consideraciones de la Conferencia Episcopal sobre éste y otros asuntos de interés

colectivo, se limita a sostener que "velar por el bien común" es función "privativa" suya. Esta respuesta revela la creencia de que administra lo propio, por el sólo título de detentar el poder, sin que deba al pueblo cuenta de sus actos y con absoluto menosprecio de la opinión pública.

Al Gobierno de Chile parece no importarle el juicio que la opinión nacional e internacional tengan sobre el asesinato de Letelier. Al asilarse en el carácter judicial del asunto, rehuye su deber de decir al pueblo la verdad -si alguna vez la ignoró, al cabo de tanto tiempo ya debiera haberla establecido- y parece confiar en que en este caso, como en tantos otros, esa verdad termine perdiéndose en la nebulosa de la maraña judicial.

Pero este ^{asunto} ~~caso~~, antes que judicial, es en su esencia de carácter moral. Y los problemas éticos no se solucionan con recursos o artificios de poder; sólo pueden encararse con autoridad moral.

Como ha escrito un pensador "llamamos autoridad al derecho a dirigir y ordenar y a ser escuchados y obedecidos por los demás, y poder a la fuerza de que disponemos y por medio de la cual podemos obligar a otros a escuchar y obedecer. El justo, privado de todo poder, no disminuye, sino acrecienta, su autoridad. El ganster y el tirano, como el terrorista, ejercen, por el contrario, un poder sin autoridad".

P.A.A.

9-III-87